



CAPÍTULO IV

En el que Periquillo da razón en qué paró la conversación de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo.



Mi madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pie firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decía:

—No seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios ó no tiene disposición para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es la mayor

simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocación tal carrera ni tenga talento á propósito para las letras; causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones,¹ médicos asesinos y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su genio y constitución física, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á más de inclinación, disposición de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no se le examina el genio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio; otros excelentes para el comercio y topes para las letras; otros, por último, aptísimos para las artes liberales y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para

¹ Se llama así á los abogados que, teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los Oficios de los escribanos, y antiguamente á los Bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales ó un peso, en los escritos que, según las leyes, no podían correr sin este requisito. E.

todas las ciencias y artes se consideran ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia Divina, que puede hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido sólo unos monstruos (si puede decirse así) de entendimiento, de aplicación y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas más ciencias que el común de los sabios sus coetáneos, y las han poseído tal vez en un grado más superior; pero, en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento, rarísimos en verdad; mas limitados todavía infinitamente, y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscio quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay más que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo es sí, el único y verdadero omniscio, porque es el que única y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están muy lejos aun los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no sería capaz de ensueñar un zapato, de bordar una sardineta, ni de hacer otras mil cosas que todos vemos como meras frioleras y efectos

de un puro mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitara, tendría que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mía, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa; que los ingenios más célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues ésta es prerrogativa del Criador, y que, según esto, debemos examinar la inclinación y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo dónde he leído que los lacedemonios, para destinar á los suyos con acierto, se valían de esta estratagema. Prevenían en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocían. Supón tú que en aquella sala ponían instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomía, de geografía, etc., sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponían con disimulo que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen, y entretanto, sus padres estaban ocultos y en observación de las acciones de sus hijos, y notando á qué cosa se inclinaba cada uno de por sí; y cuando advertían que un niño se inclinaba con constancia á las armas, á los

libros, ó á cualquiera ciencia ó arte de aquellas cuyos instrumentos tenían á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondía el éxito á su prudente examen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinación de los niños; así como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos en los colegios, sin indagar ni aun ligeramente si tienen disposición para las letras.

Hija mía, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo jamás hará progresos en ciencia alguna, por más que curse las aulas y manosee los libros. Ni éstos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los días en los colegios y universidades cargados de carbón ó de piedra, y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco éstos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razón harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, aun cuando supiera que tenía una bella disposición para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde voy á coger diez

pesos para la pensión mensual y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? y ya ves tú aquí un embarazo insuperable.

—No, dijo mi madre, que hasta entonces sólo había escuchado sin despegar sus labios para nada; no, esa no es razón ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo.

—Muy bien, dijo mi padre, me has quinado; pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo qué dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni qué comer, con un mocetón á tu lado que cuando mucho sabrá hablar tal cual latinajo y aturdir al mundo entero con cuatro *ergos* y pedanterías que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso, porque el muchacho como no tiene quién lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni clérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues no se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cualquiera de ellos sólo con haber entrado al colegio (y más si vistió la beca) y saber mascar el Cicerón ó el Breviario, ya cree que se envile-

cería si se colocara tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aún siendo un triste gramatiquillo, ¿qué será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razón que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demás son oficiales, y aún se dificultaría bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y mantención de tales jayanes.

La tercera razón es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de más niños; y cádate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera, pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atrás. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, sólo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fían sobre silogismos ni latines) entonces darás á Judas los estudios y las bachillerías de tu hijo. Conque, hija mía, hagamos